



JUZGANDO A JACOBA FÉLICIÉ



En 1322, el decano y los maestros de la Facultad de Medicina de París acusaron a Jacoba Félicié de practicar la medicina de manera fraudulenta sin licencia médica. En aquella época a las mujeres no les estaba permitido ejercer la medicina de manera oficial ya que tenían prohibido el acceso a la universidad. El único documento descubierto hasta la fecha que cuenta la historia de Jacoba Félicié se encuentra en un cartulario de la Universidad de París, publicado en 1891, que recoge la documentación y las declaraciones que sus pacientes hicieron en el juicio al que fue sometida.

Escrito por **Patricia Rodríguez**
Ilustrado por **Verónica Grech**

Procurador (P): En nombre del decano y de los maestros de la ilustre Facultad de Medicina de París, y en presencia de la curia arzobispal, el 11 de agosto del año en curso se presentó la acusación sobre Jacoba Félicié por práctica ilegal de la medicina en la ciudad de París y sus alrededores. Durante este juicio se procederá a dilucidar los hechos acontecidos mediante el testimonio de los pacientes que han sido atendidos por la acusada para determinar con detalle las prácticas médicas así como la relación de Jacoba Félicié con sus pacientes.

La acusación de este tribunal llama a testificar al señor Odón de Cormessiaco, hermano del hospital de París.

Odón de Cormessiaco (O): Muchas gracias. Con la venia, señoría.

(P): Señor Cormessiaco, es sabido por este tribunal que la señora Jacoba Félicié no ha estudiado medicina ni en París ni en ninguna otra universidad. De hecho, tenemos constancia de que la señora Jacoba Félicié no sabe leer ni escribir y no ha sido instruida en las artes médicas.

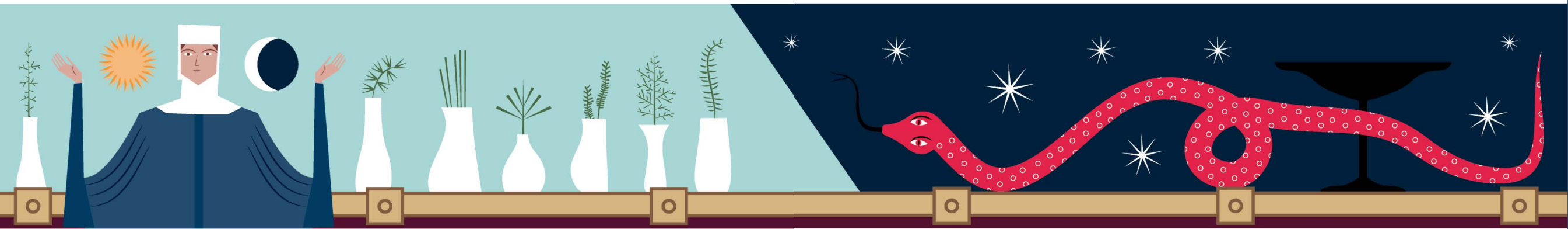
¿Se presentó ante usted la señora Jacoba Félicié como médica o cirujana cuando solicitó sus servicios?

(O): No, señoría. No hacía falta. La señora Jacoba Félicié tiene fama de ser más sabia en el arte de la cirugía y la medicina que cualquier otro maestro médico o cirujano de la ciudad de París.

(P): ¿Era la señora Jacoba Félicié la que promulgaba esa fama? ¿Cómo llegó esa información a sus oídos, señor?

(O): No, señoría. Es sabido en todo París. En la taberna de Juan de Santo Audomaro no se habla de otra cosa. Él mismo nos hizo saber cómo la señora Jacoba Félicié le había curado a él y a muchos otros de su enfermedad. Clemencia de Belvaco también supo de las artes sanadoras de la señora Félicié porque su marido lo había escuchado en la taberna, al igual que Juana, esposa de Dionisio Bilbaut, ambas pacientes de la señora Félicié.

(P): Cuando solicitó los servicios sanadores de la señora Jacoba Félicié, ¿le exigió esta algún pago por sus visitas?



(O): En mi caso, señoría, la señora Jacoba Félicíe condicionó el pago a mi curación, estipulando la cantidad que yo considerara adecuada a mi libre elección tras mi sanación. Quedé tremendamente sorprendido, ya que otros maestros de la medicina suelen exigir el pago tras la primera visita. Escuché en la taberna como Juan de Santo Audomaro acordaba con la señora Jacoba Félicíe el pago de 40 sueldos si ella le sanaba, así que esa fue la cantidad que le pagué cuando ella consiguió mi curación.

(P): Señor Cormessiaco, por favor, cuente a este tribunal cuáles fueron sus dolencias y los tratamientos a los que fue sometido por la señora Jacoba Félicíe durante su enfermedad.

(O): Con mucho gusto, señoría. Tenía una gran afectación en el estómago, fiebre y escalofríos. Solicité a la señora Jacoba Félicíe ser tratado en su casa. Sé que no es lo más habitual, pero dado mi estado de enfermedad tan avanzado creí que sería lo más conveniente. La señora Félicíe fue tremendamente amable al acogerme en su hogar y observó mi cuerpo con detalle. Palpó mi estómago con detenimiento y posteriormente me tomó el pulso y me pidió que orinase en un recipiente para analizar mi orina. Sabía que este era el procedimiento habitual de la medicina y pensé que todo lo que había oído sobre las expertas artes sanatorias de la señora Félicíe era cierto. Además, el conocido maestro de la medicina Jean de Turre trabajaba con ella en mi curación y me suministraba purgantes preparados por la señora

Jacoba Félicíe. Ambos me aplicaron baños y cataplasmas con frecuencia y me hacían ingerir infusiones de camomila, melilotus y otras hierbas que desconozco. El maestro de Turre preparó unas brasas de carbón y las colocó, a indicación de la señora Jacoba Félicíe, justo a mi lado siguiendo la línea de mi cuerpo. Después añadió sobre estas brasas diferentes hierbas y me tumbaron sobre ellas durante un tiempo en el que estuve sudando hasta quedar empapado. Para terminar, me envolvieron en una sábana y me colocaron nuevamente en la cama. Cuidaron de mí con gran atención y diligencia y la señora Jacoba Félicíe me dijo: «Yo os sanaré, Dios mediante, si creéis en mí». Cuando me trasladaron de nuevo al hospital de París, la señora Jacoba Félicíe siguió visitándome diariamente para asegurarse de mi completa sanación.

(P): ¿Y no cree usted, señor Cormessiaco, que la señora Jacoba Félicíe conoce el procedimiento habitual de los médicos formados en la Facultad de Medicina de París y trataba de imitar sus formas de actuación, con el objetivo de hacerle creer de manera fraudulenta que poseía capacidades sanatorias?

(O): No, señoría. Confié en las artes médicas de la señora Jacoba Félicíe por su forma de proceder ante mi enfermedad y por la manera en la que el maestro en medicina Jean de Turre cuidaba de mí bajo sus indicaciones. Nunca imaginé que podía estar ante un fraude, ya que la señora Jacoba Félicíe nunca me exigió el pago de sus servicios hasta mi completa curación.

Además, no fui el único, también otros vecinos de la ciudad de París, como Yvo Tuelu, solicitaron los servicios de la señora Félicíe con feliz resultado, tras haber seguido la terapia recomendada por varios maestros de la medicina sin experimentar ninguna mejoría.

(P): ¿Se da cuenta, señor Cormessiaco, de que su curación puede deberse a la mera casualidad o ser fruto del azar y que nada tiene que ver con los procedimientos ilícitos utilizados por la señora Jacoba Félicíe? Tengo que recordarle señor, que la acusada no posee la maestría que se imparte en esta universidad y que es esta institución la única que puede asegurar una práctica de la medicina adecuada.

(O): Señoría, si usted me lo permite, me gustaría dejar patente ante este tribunal que la señora Jacoba Félicíe ha tratado con éxito a todos los testigos que se han presentado en este juicio por parte de la acusación y que han seguido sus procedimientos al pie de la letra. Hemos de agradecer a la señora Jacoba Félicíe que salvara la vida de Juana, esposa de Dionisio Bilbaut. Juana había sido diagnosticada de muerte unos días antes por varios maestros de la medicina de la Facultad de París, tras experimentar fuertes fiebres hasta llegar a perder el habla. La señora Jacoba Félicíe la examinó según los procedimientos médicos habituales y le hizo beber un líquido. Después le suministró un jarabe que la hizo ir inmediatamente al baño. La señora Jacoba Félicíe permaneció en todo momento al lado de Juana y le prometió su curación con la gracia de Dios.

(P): ¿Cree usted, señor Cormessiaco, que la señora Jacoba Félicíe procedía a tomar el pulso y analizar la orina de sus pacientes con el objetivo de estudiar la enfermedad o por otro tipo de razones?

(O): Lo desconozco, señoría. Solo sé que la señora Jacoba Félicíe mostraba el mismo nivel de conocimiento en las artes sanatorias que otros maestros de la medicina y que el seguimiento diario que hacía de sus pacientes la hacía digna de nuestra confianza y respeto.

(P): ¿Sabe usted, señor Cormessiaco, que la señora Jacoba Félicíe no solo es una embaucadora sino que, además, podría estar obteniendo conocimiento por vías alternativas a la academia, cosa que está totalmente prohibida por la Facultad de Medicina?

(O): Señoría, yo tan solo soy un hermano del hospital de París. No puedo saber si la señora Jacoba Félicíe tenía otras formas de obtener conocimiento. Solo sé que trataba a hombres y mujeres por igual, con diferentes dolencias como fiebre, gota, dolor de cabeza o dificultad de movimiento. Tampoco hacía distinción según el nivel social de los pacientes. Atendió, entre otros muchos, a Juan el tabernero, a una calderera, una mercera, un sirviente de la curia parisiense y hasta un canciller del rey. Como ya le dije antes a su señoría, la maestría médica de la señora Jacoba Félicíe es conocida a lo largo y ancho de toda la comarca de París.

(P): Muchas gracias por su testimonio, señor Cormessiaco. Puede retirarse.

(O): Gracias, señoría. Con la venia.

(P): Una vez escuchados los relatos de todos los testigos presentados por la acusación, este tribunal concluye que ha quedado

demostrado que la señora Jacoba Félicíe ha estado ejerciendo la medicina en París sin haber obtenido la licencia necesaria para ello; que sus artes sanatorias no pueden considerarse objeto del cuidado de amigos o familiares, actividades propias del género femenino, ya que ha recibido pago por sus servicios médicos; que ha embaucado a numerosos ciudadanos de París imitando el procedimiento de los maestros médicos de esta facultad; y que ha desafiado la autoridad de esta noble institución intentando obtener conocimiento fuera de la legalidad establecida por esta universidad.

Asimismo, en nombre del decano y de los maestros de la Facultad de Medicina de París, insto a todos aquellos habitantes de esta ciudad y sus alrededores que tengan conocimiento del ejercicio médico fraudulento de la señora Jacoba Félicíe a que denuncien sus actividades ilícitas ante este tribunal, que tomará las medidas que estime oportunas.

¿Tiene la acusada Jacoba Félicíe o su letrado algo que declarar?

El 2 de noviembre de 1322, tras varios meses de juicio y después de escuchar los argumentos en su propia defensa, Jacoba Félicíe fue condenada al pago de sesenta libras parisinas, a abandonar su profesión y fue amenazada de excomunión si continuaba con alguna de sus actividades médicas. Sin embargo, muchos historiadores la consideran un ejemplo de las doctoras de la Edad Media, que empezaban a ampliar su campo de acción, dedicándose no solo a atender a niños y embarazadas, sino a cualquier otro tipo de paciente. A diferencia de sus colegas masculinos, que pasaban horas delante de los libros siguiendo los protocolos académicos, estas doctoras tenían el saber práctico que les proporcionaba el contacto directo y constante con sus pacientes.